

Fernando Diez de Medina

Misti Willka

CUENTO



A pugna comenzó antes de su ascensión al trono. Sacerdotes y guerreros veían disgustados la conducta del príncipe heredero. De conocer la historia, habríanlo comparado con Sardanápalo, pero como habitaban un mundo cerrado de montañas, intacto a la flecha de las civilizaciones, se irritaban contra el mozo que rompía la tradición varonil de su estirpe.

Arrogante, generoso, mereció ser llamado Misti-Willka, el Jefe Hermoso. Adorábanlo las mujeres que caían por docenas en sus brazos; los jóvenes, deslumbrados por su carácter entusiasta; los ancianos a quienes trataba con afecto. Mas los sacerdotes lo hallaban disipado, y blando los guerreros. Tuvo, pues, desde la adolescencia, en militares y jefes del culto, silenciosos enemigos que despreciaban su naturaleza afeminada. Pasar los días en el ocio y las noches en el placer, ofendía la ruda organización del imperio.

Al subir al trono, Misti-Willka gozaba de popularidad que fué declinando conforme aumentaban sus orgías. Rodeóse de bellas mujeres y amigos complacientes. Estimulaba las danzas, los cantos, el arte de la cerámica. Volteó espaldas a la religión y al ejército, dejan-

do que sus consejeros atendieran los problemas de Estado. Insensiblemente, el poder que el soberano dejaba deslizar de sus manos, fué fortaleciendo a las dos castas gobernantes: sacerdotes y guerreros.

Un día el Sumo Sacerdote buscó acuerdo con el Jefe de los Guerreros para derrocar al débil soberano. Pero una tradición aseguraba que quien hiciera violencia al monarca, perecería instantáneamente.

—Lo voltearemos sin tocarlo —dijo el Sumo Sacerdote.

—Caerá como las hembras —agregó el Jefe de los Guerreros— traicionado por sus nervios.

Ignorando el peligro, el Jefe Hermoso proseguía su vida entre ocios de artista y deliquios sibaríticos.

Cierta mañana, después de la ceremonia ritual de saludo al Sol, paseaba el soberano con sus amigos por la terraza más elevada de la fortaleza. Al fondo, la línea dentada de la cordillera fingía, con sus cimas agudas, la boca de un jaguar. Dominábase el panorama en muchas leguas a la redonda. Se divisaban la cinta plateada de los ríos, los tapices verdes de la sementera, la aglomeración de poblaciones distantes. El ojo de águila de los centinelas, avizoraba quiénes iban y venían por los caminos circundantes. Bajo el radiante sol de invierno, la llanura circular se hinchaba en manchas blancas, grises, sepías: eran los ganados numerosos del monarca, ovejas, llamas, alpacas, diseminados y mezclados con el tono marrón de vicuñas y guanacos.

—Señor —expresó un cortesano— mañana comenzará la esquila. Mira cuánta riqueza llenará tus arcas y aumentará las vestiduras de tus servidores.

Misti-Willka no hizo caso del adulador y dirigiéndose a un grupo de jóvenes los condujo al pretil de la fortaleza. Una vista soberbia de puentes y terrazas, escalonados en descenso vertiginoso de mil quinientos metros, ofrecíase a sus ojos.

—¡Mirad ese halcón! —dijo el soberano—. Con qué gracia planea sobre el reducto, con qué fuerza se remonta y vuelve a dejarse caer en las manos del aire. Quisiera ser halcón o colibrí.

“Está soñando nuevamente” pensaron los amigos. Y respetaron su meditación.

De pronto, un centinela gritó con voz fuerte:

—¡Hogueras en el horizonte!

Llamóse a los dignatarios y los dignatarios sentenciaron: guerra o rebelión.

Doblóse la guardia del recinto imperial, partieron órdenes para movilizar el ejército. Y vióse que el temor asomaba al pálido rostro del Jefe Hermoso. ¿Era la guerra que venía de afuera, la rebelión que brotaba de adentro?

El primer mensajero aclaró la duda: la comarca imperial era invadida por los cuatro puntos cardinales; cuatro poderosos ejércitos convergían hacia la fortaleza, ignorándose de dónde provenían y quiénes los comandaban.

El Sumo Sacerdote, astutamente, encerróse en fiero mutismo, aumentando la confusión de Misti-Willka; si el jefe del culto callaba, el Padre Sol no debía serle favorable. Partió entonces el Jefe de los Guerreros para organizar la defensa, despidiéndose con el saludo ritual del monarca:

—Señor: traeré las cabezas de sus enemigos, o sabrás que perdí la mía.

Ausentes los mejores guerreros, silenciosos los sacerdotes, Misti-Willka veíase sin sostén. Poco era lo que podían ofrecerle sus alegres e inútiles compañeros de jolgorio.

Sólo Marana, dulce muchacha, permanecía fiel a su señor, esforzándose por reanimar su atribulado espíritu.

El Jefe Hermoso, presa de congoja e incertidumbre, no quiso presenciar la lucha. Se recluyó en su cámara privada y allí le llevaban los partes del combate.

—Señor: los invasores hacen retroceder a nuestras fuerzas y ponen cerco a la fortaleza.

¿Sitiado, sitiado el reducto imperial? ¿Pero quién podía desconocer su autoridad? Hacía más de cien años que ningún extranjero osara pisar la comarca. ¿Cómo concebir que huestes extrañas disper-

saran a su ejército, poniendo cerco a la fortaleza? El soberano se perdía en oscuras reflexiones.

—Señor: el Jefe de los Guerreros ha muerto. Estamos rodeados por el enemigo.

Alguien opinó que el cerco no podía ser total, que había posibilidad de escape. Pero la mayoría se entregaba al miedo. ¿Cuántos eran, qué buscaban? El monarca leía en los ojos de su gente miedo y deslealtad.

Mensajeros y noticias llegaban en “crescendo” pavoroso.

—Señor: han forzado la puerta oeste de la muralla y penetran ya al reducto. Se lucha al pie de la primera terraza imperial.

Era absurdo, era imposible de creer. ¿Combates al pie de la fortaleza, de su propia residencia, del promontorio pétreo, inaccesible, que nadie osaba violar ni con el pensamiento? Mentira, era mentira. Pero las caras asustadas de amigos y cortesanos no dejaban lugar a duda: verdad, era verdad.

Seguían llegando mensajeros sangrantes, con las ropas a jirones.

—Señor: ha caído la puerta del este. El invasor avanza en dirección a los depósitos de agua.

Las mujeres entraban y salían como palomas azoradas. Los hombres no se atrevían a turbar el silencio del soberano. ¿Y qué habrían podido aconsejarle? Para ellos sólo contaban la loca alegría, el vino, el canto, los cuentos festivos. Los dignatarios inmovilizados en el rígido ceremonial, rodeaban el trono como estatuas de bronce: mudos. Los viejos parientes mostraban los ojos arrasados en lágrimas.

Por primera vez el emperador comprendió su trágico aislamiento. Estaba solo en medio de su corte numerosa, inerte.

—Señor: los invasores dominan la primera terraza y se aprestan a escalar la segunda. El peligro aumenta, porque ellos se multiplican y los nuestros aminoran.

Misti-Willka sintió que el miedo le oprimía el corazón. Estaba acorralado. Indefenso.

De pronto el Sumo Sacerdote ingresó a la cámara imperial. Y con voz solemne anunció:

—Señor: pregunté a los oráculos y te son adversos. Tus horas están contadas.

Un murmullo de consternación sacudió a las gentes. El monarca se tambaleó. Quería correr, esconderse en cualquier parte, romper a toda costa el cerco de los enemigos. Pero un resto de dignidad lo detuvo.

—Señor —anunció un nuevo mensajero. Han caído la segunda y la tercera terraza. Sólo nos separan tres más del invasor. Piden tu cabeza furiosamente y aunque los nuestros se baten con intrepidez, el número los está arrollando.

Misti-Willka se sintió perdido: dioses y hombres estaban contra él. Llevóse la diestra al cuello y la voz se le estranguló en la garganta. En sus ojos el miedo danzaba el baile del fuego. ¡No, morir no! Si es tan dulce la vida, si es tan seductora la juventud... Ignoraba la ciencia de luchar por su propia vida, y atontado se perdía en vana cavilación.

Entonces un guerrero semidestrozado, sangrando por varias heridas, se abrió paso y cayó al pie del trono:

—Señor —exclamó balbuceante— estamos perdidos. No son extranjeros; es el propio pueblo que se rebela contra tu autoridad. Las tropas se pasan a él y sólo puñados de fieles resisten todavía.

Un grito de asombro cundió por la estancia. El combatiente extenuado era el mismo Jefe de los Guerreros.

La profecía del Sumo Sacerdote comenzaba a cumplirse. Dignatarios, parientes, amigos, mujeres se desbandaron profiriendo alaridos. Salvar el pellejo es la primera ley en los imperios y en las guerras.

Mientras el Sumo Sacerdote recogía al Jefe de los Guerreros, y lo arrastraba a la cámara de curaciones, Misti-Willka echó una mirada tristísima al recinto imperial: estaba solo y toda la belleza que lo rodeaba se esfumaba para siempre.

También el monarca se aprestó a la fuga. Abandonaría trono y riquezas para salvar su existencia. Era fuerte, ágil, aunque nunca hiciera uso de sus energías físicas. ¿Por qué no defender su vida, ya que no sabía cómo salvar su imperio?

Dirigíase con paso rápido a la salida, cuando le salió al encuentro la hermosa Marana.

—¡Oh, mi señor —dijo cogiéndole la mano— ven, encontré una salida secreta!

Y velozmente lo condujo por una escalinata interior. Removió un pedrón, dos, cuatro y la boca de un túnel apareció ante los fugitivos. El túnel consistía en una serie interminable de gradas que bajaban sin término. Fué un suplicio el descenso; pero el suplicio terminó cuando al cabo de mucho tiempo desembocaron en la llanura, molidas las piernas por el violento ejercicio. Detrás de una inmensa peña, podían contemplar la gran fortaleza de granito, con sus siete terrazas altaneras y sus muros formidables, inexpugnables. Los centinelas hacían guardia como de costumbre. Transitaban gentes por las escalinatas. No había rastro de ejércitos en lucha, ni sangre, ni voceríos. Nada fuera de lo habitual. El sol del mediodía brillaba radiante sobre los campos tranquilos.

Misti-Wilka quedó estupefacto. Marana, con rápida intuición, se adelantó a explicar:

—¡Mi señor! Yo sólo quería salvarte la vida, pero tú puedes salvar tu imperio. Te han engañado. No hay rebelión. Quisieron derrotarte con palabras, como se suele vencer a las hembras.

El Jefe Hermoso sintió que una terrible vergüenza le teñía el rostro de escarlata. Del fondo de su corrupción, de su natural débil y blando, del miedo mismo que le consumiera las entrañas, comenzó a despertar un hombre nuevo.

—Vamos, Marana —replicó—. Tomaré mi desquite.

Volvieron a internarse al túnel. El ascenso les llevó varias horas y llegaron extenuados a la cámara imperial. La muchacha sacó unas vasijas de cerámica, virtió los jugos concentrados de una redoma en ellas, bebieron, y a poco ambos recuperaban energías. Un resplandor fosforescente brillaba en la mirada del Jefe Hermoso.

Salieron en dirección a la gran sala del trono, mas oyendo un rumor en el camino, acercáronse de puntillas, y por un ventanal en

sombra atisbaron. El Sumo Sacerdote y el Jefe de los Guerreros, rodeados por sus favoritos, comentaban el suceso.

—¡Ja, ja, ja! —reía tonante el Jefe de los Ejércitos—. ¡Qué buen actor había sido yo! ¡Cómo fingí mis heridas! Y la cara que puso cuando le anuncié que pedían su cabeza. ¡Daba lástima y daba risa!

Los áulicos coreaban el júbilo del caudillo, celebrando la audacia con que planeara y ejecutara el golpe. Había sido una obra maestra.

—Un momento —dijo el guerrero—. Quiero ser justo; la ejecución fué mía, pero el plan pertenece al jefe del culto. Es la cabeza más inteligente del imperio y será mi primer consejero.

El Sumo Sacerdote se acariciaba suavemente la barba. Si el otro se apoyaba en la fuerza, él amaba el misterio. No quiso decir que el poder de las palabras, bien aprovechado, vale por todas las flechas del ejército. “Lo vencimos al caído sólo con frases, por sugestión —pensaba el Sumo Sacerdote—. A este otro lo derribaré también cuando sea preciso”.

Y el taimado sumíase en profundas abstracciones, como si consultara a los oráculos lo que debía hacerse.

Bruscamente Misti-Willka se presentó en medio del grupo. Un rayo.

Acercóse al Jefe de los Ejércitos y de un soberbio bofetón lo derribó. El Sumo Sacerdote giraba sobre sus talones disponiéndose a escapar, y otro bofetón espantoso en la nuca lo tumbó. Luego con voz desconocida que resonaba como el trueno en la cavidad de la montaña, Misti-Willka dictó órdenes enérgicas a los cortesanos.

Después de muchos años el país tenía un Emperador.

Formóse un consejo de guerra que presidió el monarca. Una deliberación corta y el Jefe Hermoso hizo leer la sentencia:

—Habéis conspirado contra el imperio y contra el soberano. Quisisteis destruirlo por el miedo, os aguarda una muerte mejor.

Y mandando levantar un patíbulo de piedra, colocó a los reos en sendos lechos de paja, fuertemente sujetos con sogas que les impedían todo movimiento. A un golpe de sus palmas, aparecieron veinte doncellas que con dedos ágiles cosquilleaban a los cómplices

en las plantas de los pies, en las axilas, en el pecho, detrás de las orejas, en todos los puntos sensibles del cuerpo.

Los alaridos retumbantes del Jefe de los Ejércitos, se mezclaban con las risas terroríficas del Sumo Sacerdote. No resistieron mucho tiempo, y antes de la caída del sol agonizaban de risa.

No hubo más rebeliones, verídicas ni imaginativas, porque Misti-Willka, despertado al deber, mandó con sabia previsión:

—No habrá más Jefe de los Guerreros, ni otro Sumo Sacerdote. Yo seré, de hoy en adelante, emperador, jefe del culto y conductor de los guerreros. Así nadie me traicionará y me apoyaré en mi propio saber.

Y dicen que el Jefe Hermoso, que sólo conociera placeres y ocio en la mocedad, fué llamado en la madurez el Varón Digno por su mucha sabiduría y firmeza de mando. Murió con la cabeza nevada, amado por todas las gentes del imperio, porque aquel que ha visto al miedo cara a cara, es el que mejor conoce el arte de mandar a los hombres y la ciencia de gobernar las propias pasiones.